

Carlos Altamirano: Héroes y villanos

“No se nace joven, la juventud se adquiere”. (José Ingenieros)

“Corre camarada el viejo mundo está detrás de ti”. (rayado mural en París, mayo de 1978)

Clarín, 10 de febrero de 1973

Vivimos una época memorable. En los últimos 50 años el mapa del mundo ha ido experimentando grandes cambios políticos, económicos y sociales. Veinte siglos de esclavismo, feudalismo y capitalismo se han desplomado o comienzan a derrumbarse. La Revolución Rusa abrió el camino al derrocar el viejo imperio de los zares y fundar el primer Estado socialista. Por la misma vía la revolución triunfa sucesivamente en China, Corea, Vietnam y Cuba. Surgen en Europa otros estados socialistas. Cruje Francia en mayo de 1968. Ante el empuje de los pueblos, el imperialismo y el capitalismo se agrietan, ahondan sus crisis, pierden batallas y se baten en retirada en un tercio de la humanidad. Allí florece el socialismo. El Tercer Mundo irrumpe en la historia y da pasos revolucionarios en el camino de su liberación. Tres cuartas partes de África se sacuden el colonialismo. Por primera vez la revolución habla todas las lenguas, la historia es una sola y las luchas de los pueblos se hermanan y apuntan en | la misma dirección.

Es la alborada de un mundo nuevo, el I siglo de las Revoluciones Socialistas. En nuestra patria, el triunfo popular de 1970 fecunda el campo y comienza a crecer un proceso revolucionario de características únicas.

Impactada por esa universalidad de la revolución, la juventud chilena se ve súbitamente inmersa en un fenómeno social que sólo conocía por sus ecos y al que lo unía (una parte de ella) la teoría y la solidaridad..

Una pléyade de jóvenes luchadores (obre-ros, campesinos, estudiantes) toma conciencia del momento histórico y se compromete ciento por ciento con el proceso. Son los más y los mejores. Encuentran una digna razón de existir; están convencidos de que tienen una misión que cumplir y en aras de ella sacrifican sus descansos, comprometen su salud y hasta arriesgan sus vidas.

Hay también otra juventud, víctima de una sociedad en decadencia, desconcertada y sin brújula, que busca un ideal de vida a través de drogas y de vestimentas y filosofías exóticas. En forma inorgánica y estéril —pero noble en esencia— protesta y se rebela contra el sistema. Son rescatables para las grandes causas.

Pero hay otra juventud individualista, envejecida, nutrida de dogmas y prejuicios, acobardada ante los cambios, aferrada a las polleras del pasado, que sale a la calle con ridículos estandartes de la época medieval y repite mecánicamente consignas falsas y antimarxistas. Son pobres caricaturas juveniles comprometidas con la reacción y el fascismo.

En la presente hora de compromiso y en el minuto del enfrentamiento electoral de marzo, toda la juventud chilena se ve abocada a definirse una vez más —igual que en 1970— entre la revolución y la contrarrevolución.

Igual que en octubre pasado, jóvenes, adultos y viejos —biológica, y políticamente hablando— tienen la oportunidad de ser héroes o villanos en la epopeya que la historia brinda en Chile. Muchos aún no están conscientes de que están escribiendo y haciendo la historia. Algunos se están quedando atrás, otros estaban preparados solamente para la teoría revolucionaria, pero no para la acción revolucionaria. Unos y otros se intimidaron o no comprendieron la grandeza del momento y se desconcertaron ante el empuje revolucionario del pueblo.

Marzo es una de estas coyunturas cruciales que ofrece a todos la alternativa de elegir entre el pasado y el futuro. De decidirse entre ser reconstructores de la vieja sociedad o constructores de un mundo nuevo. Es una coyuntura importante, pero no un plebiscito como pretenden ciertos cadáveres políticos, Frei entre otros. Las revoluciones no se aprueban ni se rechazan con votos. De la decisión que adopten los chilenos en marzo dependerá la mayor o menor aceleración y profundización de este proceso, pero no su destino. Nada ni nadie podrán impedir que este proceso —enraizado ya en lo mejor y más consciente de nuestro pueblo y de nuestra juventud— se convierta en revolución, y que ésta desemboque en el socialismo.

Para los jóvenes revolucionarios esto es una lección y un compromiso. Para los jóvenes reaccionarios, una advertencia.